



# Cartas de lectores

## EL AÑO RURAL...

### UNA EXPERIENCIA EXTRAORDINARIA

Juan Camilo Fernández Cortés.....

Antes de obtener el título de médico rural se debe cumplir con una gran cantidad de prerrequisitos, tales como ser admitido en la facultad de Medicina, empezar con entusiasmo, aprobar todas y cada una de las materias de Ciencias Básicas y de los ciclos de Enlace y Médico-Quirúrgico, respectivamente (sin contar con los angustiosos preparatorios), un sinfín de turnos, horas largas, revistas clínicas interminables por esos pasillos donde se hacen oraciones sinceras (por los enfermos, sus familiares y, por los compañeros, que desconocen la historia clínica del paciente que deben presentar al especialista), clases posturno (donde eres más sueño que persona), el internado (un período que se espera con ansias, aún con los sacrificios que implica) y, finalmente, el día más esperado, el grado. Llega ese día de felicidad absoluta, satisfacción, sentimientos encontrados, agradecimiento con tus padres, docentes y compañeros por su apoyo durante la etapa de formación y, por fin, empezar a tener ese rico "olor a médico", un "olor" para toda la vida (y, "oler a médico", es la mejor sensación del mundo).

Pero no todo termina ahí, apenas es el primer triunfo en la profesión, llega una etapa, para algunos, agrídulce, ser médico rural. Una etapa donde sabes que todo lo que hagas será por fin sellado con tu nombre y cédula y que la responsabilidad ahora ya no es del docente sino tuya. Es una época emocionante, con miedos, fobias... emociones paradójicas; ¡ya te ganaste el título de "Doctor"! Empieza el día 0 de tus próximos 365 días; llegar a un pueblo donde nadie te conoce y que, por donde camines, sientes que las personas te miran diferente. Aun así, entrar a un lugar nuevo (centro médico u hospital) que será tu hogar por el próximo

Así empiezan a transcurrir tus días como médico rural, todo lo aprendido en la universidad y en el internado lo estás aplicando; estás sellando órdenes y fórmulas médicas; las enfermeras hacen caso a tus prescripciones y, aunque a veces dudas las conductas a seguir y sacas el vademécum de tu bolsillo para estar seguro de tu propuesta farmacológica, sabes que ese será tu día a día como médico.

Te encuentras en un pueblo donde no tienes a tu disposición resonancias magnéticas, laboratorios de alta complejidad, Internet ni especialistas a quien pedir una opinión; aquí es donde la semiología aprendida se pone a prueba. Debes empezar a perfeccionar tu "ojo clínico" pues, escasamente, cuentas con cuadros hemáticos, parciales de orina y, con suerte, radiografías. Pero, no todo es tranquilidad... ¡sorpresa!, te llega una urgencia; tu primer paciente con angina inestable. Sospechas un cuadro coronario agudo, tu cuerpo empieza a producir adrenalina, se incrementa tu frecuencia cardíaca, se contraen tus vasos sanguíneos, se dilatan tus vías aéreas y toda la reacción de lucha o huida se activa; a tomar decisiones pronto, eres médico y la vida de esa persona depende de ti. Empiezas a examinar al paciente mientras todo en tu cabeza debe ir cogiendo forma y orden pronto, debes dar múltiples órdenes ahora (proteger vías aéreas, iniciar

año, donde iniciarás los primeros pasos como médico, es satisfactorio. Aquellas personas, hasta el momento desconocidas (enfermeras, personal administrativo, la señora del aseo, etc.), serán tus nuevos compañeros; te saludan con todo el respeto del mundo. Es una sensación gratificante; ya quieres empezar la consulta, sellar órdenes, tener tu primera urgencia, etc. Sientes ansiedad por saber quién será tu primer paciente (aquel que nunca se olvidará), cuál será tu consultorio, las funciones que desempeñarás, dónde está ubicada la ambulancia y con qué insumos contarás, en fin, prepararte porque a la mañana siguiente empezarás la mejor experiencia de tu vida. Empieza el primer día; la noche anterior piensas en el día siguiente como un mundo nuevo por conocer; te acostaste siendo un graduando y despertaste siendo ya médico. La consulta está repleta y, para completar, te enfrentas a un nuevo sistema para registrar tus historias clínicas. Ahora la conducta a seguir con el paciente depende de ti. La expectativa de empezar es magnífica y, aún más, cuando ves tu agenda, sales del consultorio y llamas a tu primer paciente, "Pepito Pérez" y él entra a tu consultorio. Recibes tu primer "Buenos días doctor"; es ahí cuando, en menos de 30 segundos, piensas que todo lo vivido en tu carrera, las noches de sacrificio de estudiante, los turnos, los regaños y consejos de tus docentes y residentes, ha valido la pena. Ese primer día acaba, después de terminar tus labores médicas y de cierta demora porque desconoces los procesos administrativos o dónde está la papelería y porque el sistema te está liando un poco. Te sientes cansado, pero satisfecho de la labor cumplida. Es cuando te dices: "Oler a médico es muy rico".

oxígeno, acceso venoso, administrar tratamiento farmacológico para la fase aguda de un posible IAM) y no cuentas con un electrocardiograma.

Todo es un trabajo coordinado y multidisciplinario, metes a tu bolsillo algunas ampollas (atropina, adrenalina, vecuronio, midazolam, etc.) y sales en ambulancia hasta tu sitio de referencia más cercano. Mientras tanto, haces valoración continua durante el traslado del paciente para estar atento ante cualquier conducta por deterioro o empeoramiento del paciente. ¡Respira!... Llegaste al hospital después de ciertos minutos que parecían horas, entras a reanimación, tomas el electrocardiograma y confirmas que tu diagnóstico fue acertado. Tienes ante ti un síndrome coronario agudo y tu paciente está vivo y estable. ¡Qué sensación de labor cumplida!

\*\*\*\*\* MD. Cirujano General - juanc-fernandez@juanncorpas.edu.co



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA  
JUAN N. CORPAS



No son solamente órdenes, exámenes, pacientes, urgencias, semiología ni historia clínica. Hay pacientes muy agradecidos contigo; empiezan a llegar los primeros regalos como muestras de gratitud (frutas, huevos campesinos, queso... ¡Por Dios!... hasta gallinas vivas en costales). En esos momentos, te sientes grandioso al saber que estás cumpliendo bien con tu labor y te lo están agradeciendo.

Después de cierta experiencia dentro de la institución, es hora de poner en práctica lo aprendido en Medicina Comunitaria (aquellos semestres cuando pensabas que esas rotaciones eran una perdedera de tiempo), y, ahora, entiendes que debes ser un médico integral, ino todo es clínico!

Es así como emprendes las visitas médicas en veredas. Caminas por senderos rocosos, destapados y áridos mientras piensas que es tu responsabilidad la salud de los pacientes. Aquí la Atención Primaria coge fuerza, realizas consultas a grupos familiares en lugares que no creías que existían, en casas donde aún las construcciones son en bahareque, atendiendo desde el más pequeño, hasta el anciano de tres generaciones atrás, el tesoro más grande de la familia. Aquí conoces a las personas más hermosas y sinceras, las personas del campo, que te ofrecen lo mejor que tienen. Reconoces enseguida que, aquellos que menos tienen, son quienes más dan y agradecen. Y que, sin duda, terminarás tu servicio rural con algunos kilos de más, pero, cómo negarte a la ternura que ellos demuestran al ofrecerte el ultimo pan que tienen.

En menos de nada, te percatas de que los meses están pasando más rápido de lo que te imaginabas. La comunidad del pueblo ya te reconoce y, ahora, por donde caminas estás saludando, todos ya han pasado por tu consultorio y te respetan. Eres una autoridad en el pueblo, una figura de respeto; la última palabra, en materia de salud, la tienes tú y todo lo que dices lo van a seguir al pie de la letra. Eres el médico del pueblo.

Pero no todo es alegría. Así como has vivido la primera experiencia de recibir el primer parto con la satisfacción de diligenciar el certificado de nacido vivo, llega el turno de realizar un certificado de defunción. Es el peor momento de tu carrera. No sabrás cómo salir, después de un sinfín de maniobras y conductas, de la sala de procedimientos de urgencias para decir al familiar que la persona ha fallecido. Te rompe el alma ver las manifestaciones de sufrimiento, llanto incontrolable y gritos de desesperación de los familiares al ver el cuerpo de su ser querido sin vida en una camilla conectado a un sinfín de equipos médicos, y saber que, aun así, no fue suficiente. Es un momento inevitable en la profesión médica. Debes asistir el fin de la vida y dar

consuelo a los dolientes, diligenciar los formatos y hacer los trámites administrativos para que la funeraria haga su parte.

Ya estas próximo a terminar tu rural y empieza una etapa de nostalgia. Ya no eres el mismo médico rural del primer día; ahora todo lo haces con agilidad, incluyendo la historia clínica. Tu lenguaje médico e interpretación han mejorado. Sientes que ya eres médico y que tu experiencia va aumentando. Asimismo, empiezas a reconocer términos y maneras diferentes de expresarse de la gente de campo: "Me pegue un porrazo" (se golpeó), "me duele la chocozuela" (le duele la rodilla), "me guargüerea el guargüero" (le duele la garganta), "Soy cistítica y me salieron bolas en el exosto" (tiene hemorroides), "tengo una hernia ombilgal" (tiene una hernia umbilical). Pero esto no es todo, las mamás corrigen a sus hijos durante la consulta: "Mamita salude al *dotor* que para eso la tengo estudiando", "Fue que durmió con el *dotor* que no saluda", "Mamita, se dice sí señor", "sí se lavó las patas o va hacer llorar al *dotor*". En fin... es un lenguaje único que poco a poco irás conociendo.

Indiscutiblemente la experiencia ganada en la práctica clínica que te brinda el servicio rural es inigualable; todos los días de tu vida aprenderás alguno nuevo, reforzarás algunas cosas olvidadas y, cada vez, te sentirás en la capacidad de afrontar un servicio de urgencias con más seguridad, aprovechando los recursos disponibles.

En conclusión, el año rural es una etapa única, maravillosa y, sin duda alguna, necesaria en la vida de un médico colombiano. Vale la pena vivir todas y cada una de las experiencias de esta etapa, enseñanzas que marcarán tu profesión de por vida. La satisfacción de haber entregado todo de ti en ese año por la salud y bienestar de los habitantes de un municipio es insuperable. Tal vez, la remuneración económica no es justa, pero, al fin y al cabo, es un servicio social. Es aportarle a la sociedad y a tus ideales religiosos; es retribuir al esfuerzo que empezaste a hacer seis años atrás.

A los futuros estudiantes de Medicina y a aquellos que ya están en ese proceso de aprendizaje, les deseo los mejores éxitos en sus vidas profesionales (incluido el servicio rural). Apasiónense por la profesión día a día; sean firmes frente a las adversidades que conlleva cada semestre de la carrera. Ante todo, amen y respeten a su Alma Máter, pues, aunque en ocasiones, desde nuestro punto de vista, exige requisitos o materias irrelevantes, lo hace para que seamos médicos integrales con el enfoque biopsicosocial necesario para enfrentar los determinantes de la salud de las poblaciones. Serán médicos cuyo criterio y concepto estará por encima de lo que otros puedan decir. Pongan en práctica la integralidad y, antes de portar un fonendo y una bata, porten la humildad para entender y amar al prójimo.

‘Pero no olvides que eres mar hondo y eternamente debes amar’.  
(Jorge Piñeros Corpas, FUJNC).

### Cartas de nuestros lectores

Título	Autor	Número	Link
Carta de renuncia	Autor Anónimo	Vol. 25, Núm. 144 (2017)	<a href="https://bit.ly/2BFOowh">https://bit.ly/2BFOowh</a>
Reflexión de un estudiante sobre la inclusión del deporte como forma de vida	Jorge Luis Álvarez R.	Vol. 25, Núm. 145 (2017)	<a href="https://bit.ly/2AyJq2u">https://bit.ly/2AyJq2u</a>
El año rural... una experiencia extraordinaria	Juan Camilo Fernández C.	Vol. 27, Núm. 150 (2019)	Este número.

